

# Antonio Muñoz Molina

---

El Robinson urbano



**Antonio Muñoz Molina**

El Robinson urbano



## ESCUELA DE ROBINSONES

La mejor literatura de la modernidad la han escrito grandes robinsones urbanos. Para escribir sus *Confesiones*, De Quincey tuvo primero que morir de hambre y desolación en las aceras de Oxford Street, madrastra del corazón de piedra. En una América que ya prefiguraba la locura de *Metrópolis*, Edgar Allan Poe vio en medio de las calles a su criatura más temible: el hombre de la multitud. En París, hacia la mitad del siglo pasado, Baudelaire reunió las voces de Allan Poe y De Quincey y supo reconocer la tiranía del rostro humano infinitamente repetido en las multitudes y en los espejos de las calles, pero también descubrió el territorio de un vasto paraíso artificial: el placer, absolutamente inédito hasta entonces, de recorrer la ciudad sin ir a parte alguna y sin tener otra compañía que la propia voz en la conciencia. Literatura moderna, asido del instante, cuyo espacio natural eran las páginas apresuradas de los periódicos. Así, día tras día, se escribió el *Spleen de París*.

Pero tuvo que venir Joyce, cuyo centenario viviente celebramos, para dar forma definitiva al laberinto y al

perfil del Robinson urbano. Ulises, primer náufrago y peregrino del que tenemos memoria, no busca ya su Itaca imposible en las islas del Mediterráneo —despojadas de todo misterio o aventura por los cruceros turísticos— sino en las calles tristes de Dublín. Ulises se hurga la nariz mientras mira los escaparates de las tiendas. Ulises apenas hace nada: sólo mira, camina, murmura, pura mirada sin voluntad ni propósito.

Los robinsones urbanos —De Quincey, Baudelaire, esos locos que andan por Granada ensimismados en su peregrinación— están mal vistos por la autoridad y por ciertos estetas de torre y azotea. El gran Juan Ramón Jiménez, cuenta Alberti, desdeñaba el mundo desde la doble altura de su azotea y de la Obra. Virginia Woolf, que no tuvo azotea por culpa de las inclemencias londinenses, rechazó desde su cálido saloncito de Bloomsbury esa larga noticia de un naufragio callejero que es el *Ulises* de Joyce.

Dicen que si uno pasea tranquilamente y sin objeto por las calles de algunas ciudades americanas se vuelve sospechoso para la policía: nadie más sospechoso que un hombre que no va a ninguna parte. Tristemente, la noche se cierra en amenazas y sirenas para los robinsones urbanos. Nos dan a cambio, como reservas de sioux vencidos, lugares nocturnos donde aún podemos gozar los módicos paraísos del alcohol.

Nos queda el día, por fortuna. Ulises, Robinson, el hombre de la multitud, el haragán, el loco, el músico ambulante, el niño que toca la trompeta y la cabra sabia que al son del tambor se sube a la escalera: para ellos, para nosotros, Granada es una gran Alejandría que a todos nos acoge en la bahía de sus plazas, en el tumulto abierto de esas calles que tienen todavía, que nunca lle-

garon a perder, su condición de zocos musulmanes. En Bibarrambla, al sol del mediodía, conviven sin apuro el ciego que grita los iguales, el cómico de la legua pintado de payaso y el hirsuto mormón a quien nadie quiere comprar su vida eterna de Biblia y hamburguesas.

Robinson es, ante todo, un mirón desinteresado y solitario. Tras demorarse al sol de Bibarrambla, enfila el Zacatín, incitado tal vez por los andares de una joven cuya sola presencia invita a seguirla. Su pupila enamorada goza por igual contemplando las caras de la gente, los corrillos de músicos mendigos, las vitrinas que le ofrecen libros, camisas, zapatos, Sagrados Corazones, relojes o sombreros que parecen sombreros de difuntos. Robinson espía: mil ojos abiertos quisiera tener para percibir de un solo golpe todas las cosas que la ciudad le ofrece. Reconoce caras que ha visto en el autobús, les asigna una historia, espía sin pudor conversaciones ajenas.

Mira los quioscos. Desea por un instante a una mujer que no verá nunca más. Le quema el rostro de un mendigo que oculta su vergüenza tras la solapa levantada de una chaqueta sucia. Contempla con agrado las maniqués de cabeza blanca y calva de una gran tienda de modas. De Lawrence Durrell aprendió que una ciudad se vuelve un mundo cuando amamos a uno de sus habitantes.

En materia urbana, el buen Robinson tiene gustos omnívoros, y no desdeña, para escándalo de puritanos, los carteles de colores pegados por las calles ni las vallas publicitarias donde Rita Hayworth se quita gloriosamente el guante contra un fondo de rascacielos iluminados en la noche o Clark Gable sonríe ante un barco de rueda que navega despacio por el Mississipi. En las

noches de lluvia lo excitan los reflejos rojos y amarillos de los semáforos en el asfalto húmedo.

El aire de la ciudad hace hombres libres, decía un refrán medieval. En cualquier caso, es ese aire el único que respira con placer el Robinson urbano. Tras las huellas de otros viajeros más audaces, estas crónicas que hoy inicio —también el naufrago de Daniel Defoe entretuvo su soledad con la escritura— quieren ser testimonio de una ciudad tan innumerable como la Alejandría de Cavafis y Durrell y tan cerrada como el lluvioso Dublín del señor Leopold Bloom. Paraíso cerrado, dijo el más riguroso naufrago granadino, pero también jardín abierto para quien sabe mirarla.

## VINDICACIÓN DE LA RODILLA FEMENINA

Igual que algunas veces el naufragio de un buque devuelve a la playa más cercana no sólo una marea de petróleo y gaviotas envenenadas, sino también el cofre de un tesoro, así la moda tan del día que exige la vuelta a los sesenta e impone la nostalgia de lo que nunca existió como primer indicio de la modernidad nos ha traído, entre tanto despojo inútil, el regreso a nuestras calles de la añorada rodilla femenina. Como las libertades españolas, las piernas de la mujer han fulgurado libremente en este siglo durante brevísimos reinados que han hecho más duradero su recuerdo. Pienso en aquellas *flappers* de pelo corto e intrépidas rodillas que hacia 1920 enamoraban a Scott Fitzgerald, cronista de la *Edad del jazz* y viajero voluble en una Europa donde el surrealismo y el cine tomaban el relevo en la sublevación de las vanguardias. La historia se repite, sostienen quienes se empeñan en obligarla a repetir sus más lúgubres errores: en la mitad de los sesenta, y casi al mismo tiempo que los Beatles inventaban el submarino amarillo, Mary Quant volvía a descubrir la minifalda y una nueva sublevación propagaba sus fuegos de artificio por

las costumbres y las artes, amenazando incluso — pero en seguida llegaban los bomberos— a los que Bob Dylan, que entonces era un rojo, llamó señores de la guerra. Aquí vivíamos aún en la inopia del primer siglo triunfal, pero afuera, en el mundo, la gente se daba al ácido, hacía una música lúcida y violenta, pintaba en las paredes versos de Arthur Rimbaud y al arrancar los adoquines de París para defenderse a pedradas de la policía hallaba en el subsuelo la arena de playas imposibles.

Pero en esta su tercera salida, la falda corta no viene vinculada al espejismo de ninguna revolución. Más que un signo de los tiempos, parece un lujo aislado, una extravagancia de muy dudoso porvenir en una década nacida bajo el signo de la desdicha y la sumisión. Modestamente, sólo cabe pedirle un poco de alivio para tanto desconsuelo, que no está en el mundo para volar al Katmandú con un ácido, y los escasos submarinos amarillos que aún quedan guardan un misil nuclear en las entrañas.

Si el erotismo de alcoba o gabinete con espejos se consagra con manifiesta preferencia a los territorios finales y secretos del cuerpo deseado, la imagería visual del fauno callejero alcanza su mejor estímulo en ese espacio de la figura femenina que transcurre desde el tobillo al inicio de los muslos. Ignora la demorada contemplación, el cuerpo quieto y ofrecido. La espina del deseo surge de improviso y en seguida se escapa como un súbito prodigio. La mirada persigue una belleza a un tiempo accesible y prohibida, urgente, nunca inmóvil, que aparece al paso de un autobús o al otro lado de una esquina, que se apresura y huye y es aún más deseable en los breves instantes en que se olvida de sí misma, supremo gozo para quien sabe percibirlos.

La rodilla, delicia siempre apetecida pero tantas veces olvidada en favor de frutos más evidentes, aparece así, por sorpresa, en medio de una calle o a una hora que sólo prometía rutina, como el más claro objeto del deseo. *De cuánta gloria es cifra un cuerpo hermoso*, piensa, recuerda Robinson, contemplando en mitad de Plaza Nueva a una muchacha que ha tenido la virtud de aparecer, para deleite suyo, en dos tiempos simultáneos y a la vez distintos. Pues la ha visto en ese lugar preciso, en ese instante terso, pero también en la memoria donde guarda las imágenes de las mujeres aquellas, de piernas altas y rodillas admirables, que lo soliviantaban en su propia adolescencia, cuando aún no había sabido pronunciar el nombre exacto del deseo, cuando el deseo era una sensación nueva y temible que no tenía ni nombre.

La falda corta exige el aire público y la calle, exalta el cuerpo, no lo que lo encubre. Las primeras muchachas que se han lanzado a la ciudad con ella tienen el aire estimulante de estar ejerciendo un acto de su libre voluntad, un arrebato que nada tiene que ver con esas modas cuyo asombro se quema, mariposa barroca, en la propia luz de su rutina. La falda, vuelta emblema o breve bandera de alegría, las convierte en apresuradas heroínas de una causa cuya única norma fuera la belleza.

El erotismo urbano, que es visual y del todo desinteresado, desdeña por igual la petulancia del piropro y el asedio turbio del mirón. Más que en la conquista, que no suele tentarlo, Robinson se complace en diseñar para sí mismo imaginarias aventuras. Sabe que un vínculo secreto une la trama de la ciudad con las mujeres de sus calles. El amor dilata los sentidos: para un enamorado que busca a una mujer la ciudad se multiplica en esqui-

nas sin ella y callejones hostiles. Robinson, único Adán de su dominio, prefiere no elegir. La ciudad lo envuelve en un amor plural, una pasión de espejos y poligamias visuales que en este mayo florecido se prolongan en umbrías sonoras y perfumes de naranjos y acacias. Cada acera se convierte inesperadamente para él en una playa de los feacios cuando se detiene y mira a una muchacha de piernas altas y desnudas, Nausicaa que ofrece y niega su adolescencia inalcanzable.